

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8588

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 13 de Junio de 1890.

## Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.  
Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍFICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS FÉTIDOS, PIROXIS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE. 3'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:  
ALMERIA. FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo a todas partes enviando 75 cts. más por certificado.

Por Mayor: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal Barcelona. Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Rivas, de Alomar y Uriach. Cartagena, Abad y Romero Germanos.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, ultramar, Buenos-Aires y en toda la América de Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

## FERRO-CARRIL

DE LORCA Á CARTAGENA.

### III

Arrancará la línea del muelle de Alfonso XII en donde se instalará la estación, por exigirlo así las conveniencias del puerto y lo impone el servicio de este ferrocarril, especialmente destinado á la explotación é importación exterior como término de la línea transversal de Babadilla á Cartagena.

Seguirá la línea con tres curvas de 300, 500 y 300 metros de radio, circuncribiendo la población murada al contacto de la fábrica de gas, á cuyo punto llegará merced al ensanche de la trinchera que hoy utiliza el ferrocarril de Albacete á Cartagena.

Cruzará por bajo los caminos de Santa Lucía y de La Unión, cuyo servicio se conserva por pasos superiores á la línea.

Pasados estos cruces, la línea se desenvolverá en una curva hasta Los Molinos k. 3.º cruzando á nivel el camino que de este punto conduce á Cartagena, proyectándose un paso á nivel para sustituir á los dos cruces de los caminos a San Antonio Abad y á la Unión que se desvían con este objeto. A 4819 ms. se cruza con paso inferior al ferrocarril la carretera de Murcia. Después se atraviesa el camino de la Aljorra.

A 9800 metros se coloca la estación de la Guía quedando la agrupación de casas á la izquierda de la vía. La segunda estación quedaría situada en la Aljorra, quedando la población también á la izquierda.

El trazado entre estas estaciones puede considerarse rectilíneo, con rampa suave.

Cruzase después á nivel el camino de la Aljorra á la Mina, aproximándose la línea al Estrecho para buscar el paso de este nombre, quedando la población á la derecha. Dicho paso es obligado por presentar la línea una trinchera natural. A los 24.548 ks. se sitúa la estación de Fuente-Alamo que queda á 350 del pueblo que resulta á la izquierda de la línea.

A partir de Fuente-Alamo se dirige la línea á las Cuevas, pueblo que queda á la izquierda y en contacto con la línea. El

perfil entre estas estaciones sigue en rampa muy débil.

Después de atravesar la divisoria del Guadalentín y la rambla del Estrecho y el camino de Lorca á Cartagena, se llega á la estación de Totana á 46.850 ms.

Continúa la línea atravesando la rambla de La Viznaga con dos tramos de 20 metros de luz, siguiendo el trazado á la vez alejándose del terreno inundable y sin más incidente digno de mencionarse, termina la línea en Lorca á los 72.049 ms. con dirección próximamente normal á la que en su extremo presenta la de Murcia á Granada y con ella se enlaza por medio de una curva de 300 metros de radio.

En resumen: el trazado presenta siete estaciones que sirven directamente á los pueblos de Cartagena, La Guía, La Aljorra, Fuente-Alamo, Las Cuevas, Totana y Lorca y probablemente convendrá establecer apeaderos en San Antonio Abad y Las Cuevas.

Cruza el nivel la carretera de Totana á Mazarrón y además 18 caminos. Las obras más notables son; 3 puentes metálicos de 3, 2 y 4 tramos de 20 metros de luz, destinados á salvar las ramblas de Tiébar y Viznaya y el Estrecho y un tramo de 15 metros sobre la rambla de Multas.

Componen el resto de las obras de arte, dos puentes pequeños, cuatro pontones y 790 caños para desagüe y pequeños cauces de riego. Se calcula el movimiento de terrenos para la construcción de la línea en 51.780 metros.

El ancho de la explanación es el oficial.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

GARPINTERO

## Charada

Un tercia cuarta cogi  
en mitad de un dos tercera  
y al salir, los dos primera  
con una piedra me heri.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LADY GODYVA

(CUENTO INGLES)

En Birmingham vivía, hace más de quinientos años un barón que era señor de la ciudad, déspota, cruel, avaro y sanguinario.

Siguiendo las costumbres de la época, no sabía leer ni escribir, pero montaba los caballos de un salto, tiraba las armas y la herra y hundía un muro con un bote de su lanza.

Fuerte para la guerra como para el amor, tenía muchas concubinas.

Por uno de esos contrastes, tan frecuentes siempre en la vida, el barón de Birmingham contrajo matrimonio con una joven, tan hermosa como buena, tan bien educada como honesta: «lady Godyva».

Quería su familia dedicarla al claustró, y como por su progenie nobilísima le correspondía el ser abadesa del convento de nobles doncellas de Newcastle allí pasó sus juveniles años; hasta que el barón de Birmingham, enamorado de ella rompió las rejas

que la separaban del mundo y la robó para llevarla al altar.

Aun se conserva entre los naturales la memoria de este casamiento.

Era una noche de horrible tempestad, el cielo vomitaba llamas y la tierra temblaba. Por la falda del monte galopaba el caballo del barón, que sereno y grave regia con mano firme la carrera de su corcel.

Delante de la silla, desmayada, casi muerta, yacía una monja; la abadesa de Newcastle.

Así llegaron hasta la casa del venerable Samson.

El noble señor de Birmingham golpeó con su espada la puerta del sacerdote.

—Adelante—dijo una voz;—mi casa está abierta para todos los que vengan en nombre de Dios.

—Salid, buen viejo y traed las llaves de la iglesia. Necesito casarme á estas horas para evitar el caer en pecado mortal.

Resistióse el sacerdote; contó el caso el harón, suplicó, rogó y aun dicen algunos que por vía de convencimiento dió al pobre clérigo algunos puntapiés.

Sin duda estos razonamientos fueron más decisivos y convincentes, porque al poco rato la iglesia estaba iluminada y el venerable Samson unía para siempre á la abadesa del Newcastle y al señor de Birmingham.

Las fiestas que con tal motivo se hicieron asombraron á la misma Inglaterra, en donde el lujo es costumbre y la magnificencia tradición.

En el horno del castillo se asaron veinte bueyes y se cocieron más de dos mil panes, corrió en la plaza pública una fuente de cerveza y se repartió un queso que pesaba más de cincuenta arrobas.

Hubo riñas, pugilatos, cucañas, bailes, justas y torneos con que celebraron las torreadas, tomó parte el mismo barón, dirigiendo con habilidad un caballo negro sin domar y un escuadrón de escuderos que maniobraron con gran precisión.

Las fiestas no acababan nunca, pues habían transcurrido siete semanas y aun duraban los festejos. Pero, más que los bailes y los agasajos gustaba á los vecinos de Birmingham la hermosa figura de lady Godyva, cuya larga cabellera, rubia como hilada por el mismo sol caía hecha hondas sobre sus espaldas, cuyos ojos tenían ese azul suave del mar en calma y cuya blancura era incomparable de tal modo, que la roja boca parecía una amapola en campo nevado.

Su recato era sin igual, pues por que no le viesen los pies lindos, pequeños y bien arqueados, no quiso bailar el día de la boda y, según la fama, antes se hubiese dejado matar que consentir que nadie hubiese profanado con la mirada las nacarinas bellezas que los públicos cendales encubrían á los ojos pecadores.

Mas todo tiene fin en este mundo y las fiestas también concluyeron en Birmingham.

Pasaron algunos años y el baron, aunque enamorado de su mujer, tenía en menos aprecio y cuidaba menos de rendir homenaje á su belleza. Con los años aumentaba su crueldad y su codicia, y el pueblo, harto de sufrir tributos y privaciones, arrastraba una vida miserable.

El baron tenía molino para que los súbditos, al moler el trigo y el centeno le entregasen un tributo, un horno para que nadie pudiese comer diez panes sin entregar uno al barón; un puente sobre el río, para que, al atravesarle, dejasen los campesinos en poder de los guardias medio penique; un derecho sobre las gallinas, los bueyes y los patos; otro sobre las mieses, durante la recolección;

otro sobre las frutas; un diezmo sobre la cerveza.

Cuando le exponían que les era imposible vivir, decía:

—¡Miserables! la tierra es mía; vuestras casas y chozas me pertenecen; el aire que respiráis lo hizo Dios para mí solo, y los pájaros del bosque cantan para arrullar mi sueño. Tengo la potestad de mataros; si os deo vivir, ¿de qué os quejais?

Y por vía de amonestación, les echó un nuevo tributo sobre los vestidos; que superaba con mucho á todos los otros juntos.

¡Aquello era insoportable! Los pobres habitantes, faltos de toda esperanza, acudieron á lady Godyva para que ella los protegiese y los amparase, y ella, siempre buena y cariñosa con el pueblo, prometió hablar á su marido en cuanto volviese de caza.

Con un garfalte en el puño y el caballo á media rienda, entró el barón en el castillo; se apeó de un brinco y se fue á sus habitaciones para cambiar los arreos de la caza con las galas de diario, su mujer le esperaba allí, hincada de rodillas.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué te arrodillas?—le preguntó el barón.

—Quiero que perdone á mis súbditos el nuevo tributo sobre las vestiduras.

—¡No, es imposible!

—Yo te lo ruego.

—¡Imposible! Yo no puedo renunciar á mis derechos, como tú no puedes á tu recato.

—Se, clemente, señor, tu mujer te lo pide de rodillas.

—Sería tan difícil que yo renunciase como que tú desnuda corrieses las calles de Birmingham á caballo.

—¡Jesús, mil veces!

—¿Te atreverías á recorrer desnuda y á caballo las calles?—dijo el barón por uno de esos alardes de brutalidad que en él eran proverbiales, pero convencido de que el poder de su mujer se rebelaría contra cualquier proposición.

Lady Godyva calló roja de vergüenza. Entonces su marido repitió su proposición.

—Pues bien, está hecho el trato: si tú lo cumples, yo perdono el tributo sobre vestiduras.

—Sea; yo recorreré las calles.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

El barón se echó á reír, convencido de que su mujer no cumpliría su promesa, hizo que los heraldos y pregones anunciasen al pueblo que lady Godyva, por librar al pueblo del tributo sobre las vestiduras, haría el sacrificio de recorrer las calles desnuda y montada á caballo.

El pueblo se conmovió de aquella prueba tremenda; y se acostó rogando al cielo que diese fortaleza bastante á lady Godyva para llevar á cabo su tremendo sacrificio.

Amaneció nublado; en España se hubiera creído que el cielo se ponía triste por tener que presenciar el espectáculo; para Inglaterra un hermosísimo día.

Lady Godyva bajó al patio desnuda, rodeada de sus doncellas, montó á caballo y salió del castillo roja de vergüenza.

Su hermoso cuerpo, de líneas tan puras que los mismos querubines las hubiesen envidiado; se destacaba sobre la piel de su caballo negro.

Su cabellera rubia flotaba al viento; que deshonesto evitaba con furia que las rodillas guedejas tapasen con modestia el seno de la dama.

—¡Dios mío!—murmuró al salir del cas-